

CUADERNOS DE LECTURA POPULAR

RESEÑA BIOGRAFICA DE

GERONIMO TREVINO

(1836-1914)

Por EUGENIA W. DE MEYER



SERIE: LA VICTORIA DE LA REPÚBLICA

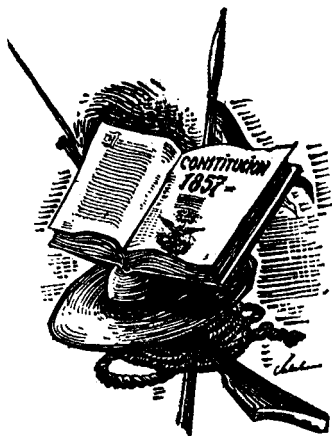


**RESEÑA BIOGRÁFICA DE
GERÓNIMO TREVIÑO
(1836 - 1914)**

CUADERNOS DE LECTURA POPULAR

RESEÑA BIOGRÁFICA DE
GERÓNIMO TREVIÑO
(1836-1914)

Por EUGENIA W. de MEYER



Serie: LA VICTORIA DE LA REPUBLICA

MÉXICO, D. F.

1 9 6 7

© Secretaría de Educación Pública
Subsecretaría de Asuntos Culturales
México, 1967

INTRODUCCION

La historia de México, que tan trascendentales cambios sufrió a partir del triunfo del movimiento independizante que la separó políticamente de España, vivió durante más de un siglo las más dolorosas experiencias.

El Siglo XIX, que se considera el período formativo de nuestra nacionalidad, sirvió de escenario a muy diversos y complejos problemas internos y al mismo tiempo, a una sucesión de conflictos de carácter internacional. Muchos de los personajes representativos de ese siglo vivieron desde su infancia en un clima de tensión, de inestabilidad y constantes presiones que obviamente habrían de influir en su carácter y que en forma notable darían por resultado una generación de lucha, de agresividad, pero sobre todo, de hombres imbuidos de un espíritu ansioso de lograr la definitiva estabilidad política y social que les permitiera llamar a México —país novísimo en el concierto de las naciones—, su patria.

Los primeros problemas de importancia —tras de su separación sangrienta y lumnosa del Imperio Español, en cuyos dominios jamás se ponía el sol—, en el ámbito internacional, fueron provocados por los Estados Unidos de Norteamérica, a consecuencia de su bien planeada teoría del “Destino Manifiesto”, y su subsecuente defensa, la llamada Doctrina Monroe. Las insaciabiles ambiciones norteamericanas cercenaron al territorio de la República, primero, la enorme extensión de Texas y después, todo lo que estaba al Norte del Río Bravo, minúsculo aprendiz de río que sirvió para detener la voracidad de nuestros vecinos geográficos.

Lógico es suponer que, ante tales acontecimientos, México no podía salvar el más pequeño obstáculo para defender lo que había sido parte integrante de su propia tierra, ya que nuestra caótica vida política, el desorden, la traición, el peculado y los sucesivos golpes de Estado, no daban materia para oponerse a la máquina guerrera y política de la Unión americana.

Antonio López de Santa Anna, Su Alteza Serenísima, inició en 1833 su gobierno —tan alejado de la legalidad y la democracia— con los falsos brillos y la ampulosa entonación de una opereta. El Dictador levantó el telón de un episodio teatral en el paisaje sangriento de nuestra historia, tan lleno de matices, de poses y actitudes personales.

En fin, como dijera alguna vez José Fuentes Mares “fue la aurora y el ocaso de un comediante”, al referirse, en concreto, a Santa Anna.

En esa turbia época para nuestro país nació Gerónimo Treviño,⁽¹⁾ —el personaje de nuestra historia— llamado a desempeñar por más de cinco lustros un papel predominante y guerrero en la inquieta vida de México.



SUS PRIMEROS AÑOS

El General Gerónimo Treviño nació en la ciudad cabecera del municipio de Jiménez —Cadereyta Jiménez—, del Estado de Nuevo León, a unos 34 kilómetros al sureste de Monterrey y cuyo clima cálido y seco es propicio al cultivo que distingue a esta ciudad, las mejores naranjas de la frontera.

Testigo presencial de los desmanes cometidos por los norteamericanos, es natural que Gerónimo Treviño tuviera en sus recuerdos un bagaje amargo.

A mediados del siglo pasado, cuando México empezó a buscar nuevas formas vitales, surgió un liberalismo más sólido, a consecuencia de la Revolución de Ayutla y de las Leyes de Reforma. Fue entonces cuando Treviño, joven inquieto y recio, inicia su brillante carrera militar.

Muchas razones tenía México para sufrir las convulsiones de todo organismo popular, primero,

la expedición de las Leyes de Reforma en 1857 que habrían de ser tan acremente censuradas; después, el Plan de Tacubaya y el golpe de Estado jefaturado por Comonfort.

Benito Juárez, a la sazón Presidente de la Suprema Corte de Justicia y con la bandera de defensor de las instituciones liberales, promulgó las Leyes de Reforma con el propósito de consolidar la autonomía del Estado frente a todo tipo de instituciones.

La legalidad de la causa liberal llevó a Treviño a unirse al ejército juarista en la sangrienta guerra de tres años.

En el mes de enero de 1858 Gerónimo Treviño causa alta en el ejército con el grado de Alférez y poco menos de cuatro meses después ostenta las barras de plata de Teniente de Caballería. Comisionado en el Primer Cuerpo de Lanceros de San Luis, concurrió a varios hechos de armas y, para aprovechar sus innegables condiciones de soldado, ingresó al Cuerpo de Caballería del Norte y a la Legión del Norte a la que perteneció hasta marzo de 1856.

Es menester citar el hecho de que en el primer año de su vida militar, Treviño asistió a la acción del Puente de Carretas, ocurrida el 17 de abril de 1858, y pocos días después, a la del Cerro de la Bufa en Zacatecas y en septiembre del mismo año al primer sitio y toma de Guadalajara.

Hacia fines de ese año, el 12 de diciembre, el General Miramón —el joven Macabeo—, inició un movimiento de tropas destinadas a tomar, a sangre y fuego, un punto estratégico llamado Poncitlán, en el que se encontraban, débilmente armados y pertrechados los generales Juan N. Rocha y Eutimio Pinsón. Los dos jefes liberales lucharon como leones pero, ante la superioridad numérica del enemigo tuvieron que retirarse. Es seguro que esta primera derrota sufrida por el ejército de la liberalidad, fue una muy amarga experiencia para el novel oficial juarista.

Al finalizar el año de 1859, las fuerzas antagónicas de liberales y conservadores eran casi iguales en número y en material de guerra y, al correr enero de 1859 el General Santiago Vidaurri inició un plan de operaciones tendientes a defender del ataque de los conservadores el territorio, extenso y árido, de los Estados de Nuevo León y Coahuila.

Fue precisamente durante ese segundo año de guerra cuando Gerónimo Treviño fue ascendido al grado superior: Capitán de Caballería de la Legión del Norte. El bautizo de sangre de su nueva condición castrense lo recibió durante las diversas acciones realizadas para tomar Guadalajara y el 22 de octubre de 1859 sirve de pórtico para que Treviño inicie su carrera de glorias y de triunfos al participar en la batalla de Calderón y

cubrir la retirada del ejército, así como las batallas de San Miguel Allende y la de Estancia de las Vacas.

En los primeros días del año de 1860 se veía claramente que el ejército liberal era ya un enemigo considerable y que, a no mediar un fracaso inesperado, sería el dueño de la situación, pues ese año se realizaron las acciones más importantes para decidir el triunfo de la causa liberal. El 14 de abril se traba sangriento combate en Loma Alta, Zacatecas; fue derrotado el general Rómulo Díaz de la Vega y se logra la toma de Guadalajara; las fuerzas que tienen como jefe al general González Ortega infligen grave derrota a los conservadores, y un marcha triunfal, el general zacatecano persigue a Miramón hasta lograr la completa dispersión de sus maltrechas tropas. Ignacio Zaragoza, el futuro héroe de Loreto y Guadalupe, es el brazo fuerte de González Ortega en tan brillante acción guerrera. Un poco después los liberales derrotan al ejército conservador en Zapaltanejo y, como broche heroico de ese conjunto de hechos de armas, la batalla de Calpulalpan, con la que se cerró este ciclo victorioso y fue sellado el destino de la acción.

A la sazón, Gerónimo Treviño era ya Comandante en la Legión del Norte. Y se sigue engarzando un brillante collar de victorias en la vida de nuestro héroe —un auténtico héroe de la causa

más noble y avanzada de México—, el 7 de febrero de 1860 participa en la batalla de San Juan de Vanegas, después en la de San Antonio de la Flor, la de Boca del Monte Morelos y en el ataque a la plaza de Río Verde, en la que resultó herido.

Aniquilado el ejército reaccionario bajo las órdenes de Miramón, el primero de enero de 1861 el general Degollado hizo su entrada triunfal a la ciudad de México. Durante todo el proceso de los triunfos de las armas liberales, Treviño continuó con su grado de Comandante de la Legión del Norte.

El Gobierno de la República instituyó, el 18 de enero de 1861 una pequeña presea honorífica destinada a todos aquellos que con las armas en la mano contribuyeron a restablecer y consolidar los derechos inalienables de la Nación. Elemento significativo en la Guerra de Reforma, Treviño se hizo acreedor a tal distinción.

Juárez regresó a la capital para reorganizar su gobierno e intentar que la paz señoreara en la República. Pero sus nobles deseos pronto se vieron frustrados por la inicua invasión de las tropas de Napoleón III, tan merecidamente llamado “El Pequeño”, y más tarde por el absurdo llamado Imperio de Maximiliano.



LA INTERVENCION FRANCESA

Benito Juárez, al regresar con su gobierno a la ciudad de México, se encontró con el gravísimo problema financiero por el que atravesaba la República y, ante la pobreza de las arcas nacionales, tomó el drástico acuerdo de suspender el pago de la deuda pública. Tan atrevido e insólito acuerdo tuvo una inmediata repercusión: el 31 de octubre de 1861, la Convención de Londres logra la firma de un tratado tripartita en la que se decidía el envío de una expedición conjunta a territorio mexicano, para hacer una reclamación apoyada por las armas de Inglaterra, Francia y España. El 7 de diciembre los barcos españoles arribaron a Veracruz, seguidos por los de Francia. Días después se les unió una pequeña flota inglesa. Juárez, ante la magnitud de tan drástica medida, envió a su Ministro de Relaciones Exteriores, el insigne Manuel Doblado para discutir tan grave asunto. La indiscutible habilidad diplomática de Doblado lo-

gró un triunfo espectacular: Inglaterra y España desistieron de sus propósitos conforme las estipulaciones del Tratado de la Soledad. Pero el triunfo del diplomático mexicano fue incompleto. Francia, soberbia y conquistadora con su "mejor ejército del mundo", se negó a aceptar ese Tratado e inició la invasión bélica de nuestro territorio.

En efecto, Francia desembarcó sus fuerzas en Veracruz e inició su marcha de penetración hacia Orizaba. Lorencez comandaba las fuerzas que una vez se cubrieron de gloria en Magenta y Solferino. Juárez, ante la amenaza de la invasión, se vio obligado a levantar nuevamente un remedo de ejército que iría, no a derramar sangre de hermanos, sino a defender la integridad de nuestro territorio y la dignidad de la Patria contra un ejército extranjero.

Ignacio Zaragoza es designado por Juárez Jefe del Ejército mexicano y, con el objeto de detener la oleada de soldados franceses, parte inmediatamente a las Cumbres de Acultzingo y tras de sangriento combate es rechazado con grandes pérdidas. Ese primer descalabro no logró abatir a Zaragoza, quien, con rapidez increíble se dirigió a Puebla. Pisándole los talones iba en su seguimiento el ejército de Lorencez. Muchos graves sucesos ensangrentaron nuestro suelo, mas, el 5 de mayo de 1862, Zaragoza hizo frente a los fran-

ceses desde los cerros de Loreto y Guadalupe en las cercanías de Puebla, y el resultado de la crucial batalla se condensa en el mensaje que el héroe envió a don Benito: *Os felicito, Señor. Las armas nacionales se han cubierto de gloria.*

Francia, ante el rudo descalabro de sus fuerzas, envió considerable refuerzos al mando del General Forey y éste, con el ánimo de vengar la afrenta, unió sus tropas a las de Lorencez haciendo que los contingentes invasores se volvieran casi invencibles.

Juárez, ante la inminencia de la llegada de los franceses a la Capital, traslada su gobierno a la provincia y Forey, casi sin encontrar obstáculo, hizo su entrada a la vieja Tenochtitlan nombrando desde luego una Junta de Gobierno. En octubre, el Mariscal Aquiles Bazaine se hizo cargo del gobierno civil y militar en toda la República y preparó, bajo el directo control de Napoleón el establecimiento en México del llamado segundo imperio, principio en el que el Emperador francés basaba sus irrealizables ambiciones de volver a convertir a Francia en el imperio napoleónico de principios de siglo. Así intervino en un programa político que redujo al expansionismo norteamericano. Parte de este programa era la imposición de Maximiliano de Hapsburgo en un efímero trono como Emperador de México, convir-

tiéndolo en una trágica marioneta cuyos hilos se movían desde Francia.

Maximiliano y Carlota Amalia arribaron a Veracruz en mayo de 1864. El fugaz imperio vivió poco menos de tres años (1864-67) merced a una clara traición napoleónica a los Tratados de Miramar, en el que se aseguraba un apoyo total para el espúrio gobierno de Maximiliano.

Napoleón III, en julio de 1866, ante los problemas por demás complejos que afrontaba con Italia y Prusia, se vio obligado a retirar sus ejércitos de invasión del territorio mexicano, dejando a Maximiliano en el más completo desamparo y abriendo la puerta para que el 15 de mayo de 1867, se epilogara la tragedia con el fusilamiento del efímero Emperador Maximiliano, al que acompañaron en sus últimos minutos de vida sus incondicionales Miramón y Mejía. ¿El lugar? El Cerro de las Campanas. ¿Le fecha? 19 de mayo de 1867.



LA LUCHA CONTRA EL INVASOR

Durante el sitio de Puebla, Gerónimo Treviño, ya Coronel, tuvo una participación breve, pero significativa, ya que uno de los jefes que intervinieron en el rompimiento del asedio, fue precisamente el recientemente ascendido Coronel.

Desde el ocho de mayo de 1863 en adelante, la actividad bélica de Treviño estuvo llena de acciones con diversos resultados: la batalla de San Lorenzo, la toma de Taxco a la que siguieron las de Acatlán, Etlá, Huajuapán, Teziutlán, en la que el combate duró cuarenta y ocho horas; y luego los combates en Texpan, Angostura y Ojo Caliente, en Zacatecas. Causa asombro comprobar la movilidad de las fuerzas liberales y la actuación de Gerónimo Treviño en todas las acciones que hemos mencionado.

Después de esta campaña, a veces exitosa, en otras negativa, Treviño vuelve a aparecer en escena en el desértico paisaje del Norte de la Repú-

blica, con el propósito —que era prácticamente nacional— de expulsar a los invasores del territorio de México.

Después de tres meses de constante y sangriento asedio, el General González Ortega, el ilustre zacatecano, hubo de rendirse para evitar que se siguiera derramando sangre mexicana, dejando así a los invasores el camino abierto para la toma de la ciudad de México. Juárez, ante la inminente invasión de la sede de los Poderes, abandonó la ciudad y marchó a San Luis Potosí y luego a Saltillo, iniciando así la dolorosa marcha del Gabinete de don Benito, al que se llamó, por razones obvias “la enferma familia trashumante”.

Tan luego como Benito Juárez llegó a Saltillo, ordenó a sus Generales que reconcentraran sus fuerzas en esa ciudad, y poder así reducir al orden al gobernante rebelde Santiago Vidaurri. Al mismo tiempo, y en uso de las facultades extraordinarias de que estaba investido, decretó la separación territorial de los Estados de Nuevo León y Coahuila a partir del 16 de febrero de 1864, anulando de esa manera la disposición, arbitraria e inútil de Vidaurri, que los había unido en uno solo. Y para consolidar de mejor modo su Gabinete, por su parte, se preparó a la defensa de su causa, sin considerar que su actitud causaba grave daño a la República en los cruciales momentos en que México entero debía estar dispuesto a luchar con-

tra los invasores extranjeros. Vidaurri reclutó un buen número de soldados y artilló la Ciudadela preparando la defensa.

Estos lamentables acontecimientos dieron margen a que el General francés Bazaine, considerara a Vidaurri un elemento verdaderamente valioso para la intervención, invitándolo a que se le uniera. Para amedrentarlo, Bazaine anunció a Vidaurri que pronto el Estado estaría en sus manos, pues sus formidables elementos así lo hacían suponer. Vidaurri, temeroso y vacilante, no afrontó valientemente la situación que se le planteaba, y recurrió a un plebiscito popular que expresara si la proposición francesa era de aceptarse o no. La artimaña de Vidaurri se llevó a cabo en todos los municipios del Estado con una exposición previa: votar por la paz era someterse al imperio, votar por la guerra era continuar sirviendo a la República y a Juárez. Vidaurri lo esperaba, pero no en la forma arrolladora en que el pueblo votó su adhesión a Juárez, el que, días después, volvió a Monterrey obligando a Vidaurri a abandonar el Estado y exilarse en Texas.

El día 2 de abril llegó a Monterrey el General Negrete, Ministro de la Guerra y al día siguiente Juárez estableció allí su gobierno. Entre tanto, las tropas franco-mexicanas avanzaron sobre Coahuila y Nuevo León, confirmándose la amenaza de Bazaine. Muchos pueblos de los dos Estados

se rebelaron en contra de Juárez merced a las instigaciones de Vidaurri, pero tal subversión no tomó proporciones dignas de tomarse en cuenta.

Don Benito Juárez declaró en Saltillo a Vidaurri traidor a la Patria, lo mismo que a todos los malos mexicanos que secundaron su movimiento de rebeldía, pues, decía Juárez, "el deber no podía discutirse ni votarse". Al llegar a Monterrey, y ante la verdad de los hechos, hubo de revocar su decreto, tomando en cuenta que la mayoría de los ciudadanos de los dos Estados habían votado su adhesión a la causa de la República.

Durante su estancia en Monterrey, Juárez se enteró de que el General francés Castagny avanzaba sobre Saltillo y Monterrey, en tanto que Mejía, a marchas forzadas se acercaba a Matamoros. Ante el ataque trifrontal, Juárez se vio obligado a distribuir sus escasos contingentes, dejando prácticamente indefensa la plaza de Monterrey, de la que tuvo que salir en los precisos momentos en que Castagny lograba desalojar a las tropas liberales, sobre las que se lanzó con el propósito de aniquilarlas. Castagny había ocupado Saltillo, y Juárez, que pretendía llegar a ese punto, tuvo que variar de rumbo, reuniéndose con sus tropas en Rinconada para seguir de allí a Monclova y después a Chihuahua.



CONTRA EL INVASOR EN EL NOROESTE

Tras de ocupar las principales ciudades del centro del país, las divisiones de Castagny y Mejía avanzaron por Tula y Ciudad Victoria, plazas que cayeron en su poder casi sin encontrar resistencia.

Las zonas del Norte se encontraban en un grave estado de depresión, provocado por el incommovible avance de las tropas invasoras. Sin embargo, el Coronel Francisco Naranjo regresó a Nuevo León y organizó fuerzas desgraciadamente muy reducidas y mal equipadas. Pero pronto cambiaron de estado de ánimo. El heroico General Mariano Escobedo, después de operar con el General Porfirio Díaz en el Centro y sur del país, decidió regresar a los lugares para él bien conocidos en los que había vivido en su juventud y en los que contaba con numerosos amigos.

Evitando atravesar el país por su parte central, para esquivar los puntos mejor guarnecidos

por los franceses, el General Escobedo hizo un largo recorrido por el Istmo de Tehuantepec y Tabasco, embarcándose en Frontera, a principios de ese año, hacia Nueva York. Ahí buscó afanosamente ayuda financiera, que no encontró sino en pequeña proporción, ya que los Estados Unidos sufrían en esos días las calamidades de la guerra civil. En marzo, Escobedo cruzó la frontera norte y acampó en la villa de Nuevo Laredo con los escasos contingentes que logró reunir. Ante su tenaz empeño de proseguir la lucha, de todas partes, de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, muchos valientes se le incorporaron y lo surtieron del necesario armamento.

Pocos días después de haber pisado tierra mexicana, Escobedo era Jefe indiscutible de un grupo de doscientos valientes que permanecen anónimos. Rumbo al Noroeste, Escobedo inició su marcha para atacar Piedras Negras. Sacando fuerzas de flaqueza, dividió su pequeña tropa en dos fracciones que quedaron al mando de los Coroneles Naranjo y Gorostieta, para hacer más fluida su marcha y consiguieran los elementos necesarios para combatir, en tanto que Escobedo, con unos cuantos hombres, recorría gran parte de la frontera lanzando arengas patrióticas que inflamaban a quienes no podían ver con buenos ojos la intervención extranjera.

La pequeña tropa de Escobedo bien pronto fue atacada entre Saltillo y Monterrey por jefes imperialistas que tenían a sus órdenes contingentes considerables. Escobedo volvió a fraccionar sus fuerzas y obligó a las tropas enemigas a perseguirlo a través de terrenos poco accesibles, distrayéndolas y alejándolas de las grandes concentraciones invasoras.

Entre tanto, el General Aguirre, liberal y valiente, se dirigió de La Laguna a Saltillo, informando a Escobedo de su movimiento. Pero su intento se frustró ante el poderío de los enemigos y tuvo que evacuar la plaza. El General Escobedo se reunió con el General Negrete, que contaba con un poco menos de ocho mil hombres, ordenó el avance sobre la ciudad, que hubo de capitular el 9 de abril de 1865. Tres días después, el triunfante General Negrete se posesionó de Monterrey, abandonada por los jefes imperialistas Olvera y López. El día 23 tomaron posesión de Ciudad Victoria y de Piedras Negras los coroneles independientes Méndez y Naranjo.

Gerónimo Treviño, que había combatido en Oaxaca, atravesó audazmente el centro del país al mando de cien hombres, se presentó al General Escobedo y éste le ordenó marchara a Monterrey para reforzar las fuerzas al mando del coronel Negrete que se disponía a marchar sobre Matamoros, plaza que mantenía el General Mejía.



COMBATE DE LA ANGOSTURA

Ante el crecimiento de las fuerzas republicanas en el Norte del país, el Mariscal Bazaine se vio obligado a reforzar sus contingentes enviando hacia ese rumbo nuevas unidades. En los últimos días de mayo, ordenó el alto mando francés un movimiento convergente sobre la región de Saltillo, punto en el que se había establecido el grueso de las tropas liberales al mando del General Negrete. Una de tales columnas, a las órdenes del General Brincourt, se desplazaría desde Durango por el camino de Parras; otra, a las del General Neamigros, lo haría desde San Luis Potosí y la tercera, al mando del General Mejía, desde Matamoros, el que finalmente no participó en la maniobra temiendo que su desplazamiento debilitaría la guarnición del puerto.

Las unidades liberales habían sido debidamente reorganizadas. Los generales Escobedo y León Guzmán fueron designados Comandantes de

las divisiones de infantería y caballería respectivamente. Conocidos los movimientos del adversario, el General llegó a Agua Nueva con su brigada y situó un destacamento en Parras, en tanto que Escobedo avanzaba con parte de su infantería hasta ocupar la fuerte posición de La Angostura.

Jean Migros arribó a San Buenaventura con 1,500 hombres y la brigada del General Guzmán se replegó de Agua Nueva a Buenavista y la infantería de Coahuila ocupó el puerto de la Cruz, para impedir que el núcleo principal fuera envuelto por la derecha. Con tiempo suficiente para prepararse, esperaron confiadamente el ataque del enemigo.

La noche del 30 de mayo iniciaron las tropas agresoras su avance sobre las posiciones de La Angostura por tres flancos, tratando de cortar unas fracciones de caballería que se retiraban hacia la Ensenada. Los ocupantes de la línea principal mexicana se mantuvieron a la expectativa y en completo silencio, hasta que el enemigo llegó a corta distancia de sus trincheras. Mediante una señal previamente convenida, las tropas mexicanas desencadenaron un mortífero ataque que en pocos minutos desorganizó a los imperialistas, sembrando por todas partes la más tremenda confusión. En desordenada huída, las tropas imperialistas se vieron perseguidas por más de tres

leguas por las fuerzas del Coronel Treviño, causándoles numerosas bajas.

Escobedo, Comandante General de las armas en Coahuila y a la sazón gobernador de Nuevo León, se dedicó a la tarea de organizar la defensa de los puntos ocupados por sus fuerzas.

Nuevo León, al quedar casi desguarnecido, fue fácil presa de algunas unidades franco-mexicanas, creando nuevo y grave problema al General Escobedo que se vio obligado a planear un nuevo contraataque sobre Monterrey.

Al iniciarse el año de 1865, tuvo conocimiento de que un grueso convoy se dirigía a Matamoros procedente de Monterrey y, confiado en que sus tropas habían sido ya reforzadas con nuevos contingentes, se dispuso a atacarlo para destruirlo y apoderarse del material bélico que transportaba. Para lograr éxito en tamaña empresa, hubo de cubrir más de cien leguas en brevísimo tiempo, logrando llegar al rancho de La Noria, situado sobre el camino que comunica a ambas ciudades. Los conservadores, con el General Tinajero en el mando, al tener noticias del posible ataque, retrocedieron a toda prisa a Monterrey, movimiento que Escobedo aprovechó ordenando un rápido avance para detenerlos. En efecto, se produjo el encuentro en Paso de Cabras, a las márgenes del río San Juan y tras de exitosa acción logró su propósito.

En los últimos días de octubre, Escobedo decidió emprender la marcha hacia Matamoros para recuperar tan importante plaza. Las tropas a su mando se desplegaron para atacar en diversos frentes, acciones que debilitaron el núcleo principal, efecto natural desde la campaña del Noroeste. Escobedo comprobó, desalentado, que no podría, con tan reducidas fuerzas, emprender el ataque a Matamoros.


Escobedo dejó al General Cortina con parte del ejército en las cercanías de Matamoros y, con el resto de las tropas a su mando, se encaminó nuevamente a Monterrey que ya había sido abandonado por las tropas francesas. Al pasar por Cade-reyta, Jiménez, pueblo natal del Coronel Treviño, éste se le unió para reforzar sus contingentes.

Los republicanos fueron atacados en Guadalupe, villa cercana a Monterrey, acometida que los imperialistas realizaron con lo más granado de sus fuerzas. Escobedo dejó que los enemigos atacaran el centro de sus líneas, ordenando que el resto se flexionara para permitir que las dos alas envolvieran a los conservadores. Treviño, con su brigada, atacó por uno de sus flancos a la retaguardia enemiga, que a costa de mucha sangre logró escapar hasta ocupar las fortificaciones que antes había construido en las goteras de Monterrey. Poco después, al reorganizar sus tropas, el General Escobedo se encargó personalmente de

la parte central de sus líneas, comisionado al Coronel Treviño coordinar el ataque con el ala derecha. La ejecución de la estratégica maniobra fue llevada con tal disciplina y puntualidad que el éxito buscado coronó el arrojo de las fuerzas mexicanas.

Tras de más de dos horas de combate, los republicanos se apoderaron de la importante plaza y se dispusieron a batir a sus adversarios en los dos únicos puntos que aun conservaban. Mientras ocurrían estos hechos de armas, una brigada francesa, al mando del Comandante La Hayre se aproximaba a Monterrey procedente de Saltillo y audazmente y por sorpresa incursionó hasta el centro de la ciudad batido bravíamente por las escasas fuerzas del Coronel Treviño.

Pero la falta de víveres y municiones hizo que las unidades de Escobedo se dispersaran, dejando al Comandante Martínez al mando de suficientes tropas para defender y mantener en sus posiciones a los liberales que la guarnecían.



LOS COMBATES DE SANTA ISABEL Y SANTA
GERTRUDIS, GLORIOSOS HECHOS DE
ARMAS EN LA CARRERA DE
GERONIMO TREVIÑO

Al comenzar el año de 1866, los imperialistas habían sufrido una considerable merma en sus contingentes, circunstancia que el General Escobedo aprovechó planeando, desde su cuartel general establecido en Linares, nuevas incursiones contra el enemigo.

A fin de mantener el desconcierto en las guarniciones adversarias, el General Escobedo dispuso que los Coroneles Naranjo y Treviño amenazaran Monterrey mientras el Gobernador Viezca se situaba a la vista de Saltillo.

La noche del 11 de febrero, Viezca, antes de recibir los refuerzos que Escobedo le había enviado, tomó a sangre y fuego la ciudad de Parras. El Comandante Briand, jefe de las armas en Saltillo, al tener conocimiento de la caída de Parras en manos de Viezca, marchó apresuradamente

hacia esa ciudad a la que llegó el día 20. Viezca se retiró al Cerrito de Jesús desde donde tenía comunicación directa con el Norte y el Noroeste, y al saber que Treviño y Naranjo se aproximaban a Parras, se encaminó con 300 hombres a reunirse por la carretera de Santa Isabel, punto en el que logró su objetivo. Ahí supieron que Briand había salido de Parras en persecución de Viezca y que pronto llegaría a Santa Isabel.

Los liberales tomaron posiciones en el Cerro de la Cruz, inmediato al camino de Parras y ahí fueron atacados por los imperialistas. Por dos veces los liberales rechazaron a sus enemigos y, tras de vigoroso contraataque, la caballería mexicana logró arrojar sobre la guardia de la infantería francesa, contingente que quedó totalmente destrozado.

Esta gloriosa acción tuvo lugar el primero de marzo de 1866, en la que se distinguieron Viezca, Francisco Naranjo y Gerónimo Treviño, actores brillantes en el combate que produjo la total derrota de las fuerzas del Conde de Briand.

La victoria de las armas republicanas fue completa, a costa de 113 bajas y la muerte del propio Conde de Briand, y del médico francés Montirer, así como la captura de 166 prisioneros de guerra. Los republicanos se apoderaron del parque y armamento de sus derrotados enemigos y de una bandera napoleónica.

Por su brillante actuación en esta batalla, Gerónimo Treviño fue ascendido a General de Brigada.

Mientras esto sucedía, Douay, apenas llegado a Saltillo, destacó sobre Río Blanco dos columnas franco-mexicanas y otra más al camino que comunica las ciudades de Morelos y Linares mientras él se desplazaba hacia Galeana. Por los informes de sus patrullas de exploración, el General Escobedo se enteró de la progresión enemiga y dispuso que el General Andrés S. Viezca atacara Saltillo, débilmente guarnecida, y dio instrucciones precisas a Treviño para que las tropas del Comandante Ruperto Martínez marchara hacia Monterrey, destacando al Coronel Naranjo en un punto equidistante de Monterrey y Matamoros. Esta serie de movimientos llevaban el propósito de distraer a los imperialistas e impedir que coordinaran sus fuerzas.

A pesar de que el Comandante Martínez lo acosaba incesantemente, el General Douay logró llegar a Galeana. Ante la frustración bélica de sus planes, que consistían en derrotar a los más importantes núcleos republicanos de la frontera, Douay ordenó incendiar y arrasarse los pueblos de San Pedro y Río Blanco, cuyos habitantes, indignados por ese acto de barbarie, se alistaron en las guerrillas independientes.

Escobedo se dirigió a Morelos para cortar la retirada de Jean Migros, quien buscaba volver a Monterrey, pero al verse perseguido, apresuró su marcha, semejante a una huída, por caminos cortos y veredas. Aunque las fuerzas republicanas forzaron su marcha para alcanzar a los imperialistas, éstos lograron escapar y llegar a Monterrey que era su objetivo.

Dos núcleos imperialistas de cierta importancia se reorganizaron en Monterrey a mediados de junio y fueron comisionados para conducir valiosos convoyes. El que saldría de Monterrey al mando del Teniente Coronel Tucé, estaba compuesto de dos batallones de infantería de la Legión Extranjera, varias compañías belgas y mexicanas, algunos escuadrones de caballería y seis piezas de artillería. El otro, destacado en Matamoros por Tomás Mejía, estaba integrado por dos mil austriacos y conservadores a las órdenes del General Olvera, llevaban once piezas de artillería de campaña y dos cañones de montaña.

Los dos columnas imperialistas marcharían: una por la margen derecha del Río Bravo hasta Mier, en donde se le reuniría la otra con el objeto de cambiar sus cargamentos a fin de entregarlos en su destino. En caso de ataque a cualquiera de los convoyes, su escolta resistiría a todo trance para dar tiempo a que la otra llegara y poder combatir con todo sus elementos. El servicio de

espionaje que tenía establecido el General Escobedo dio cuenta de las disposiciones imperialistas y concibió al punto una atinada maniobra que se llevó inmediatamente a la práctica. Cuando la columna de Tucé llegó a Cerralvo, Escobedo se dirigió a ella, con lo que la obligó, conforme estaba previsto, a establecerse en esa población, dejando al Coronel Martínez parapetado frente al enemigo y con el grueso de sus tropas, se lanzó contra Olvera, cubriendo la distancia que lo separaba de un punto llamado Derramaderos, lugar de cierta altura que le permitía observar cualquier movimiento de tropas en el camino que conducía a Mier.

Había Escobedo elegido de antemano una posición en las lomas de Santa Gertrudis y situó su caballería en el camino de Camargo. El convoy imperialista, que para proveerse de agua necesitaba retroceder, provocaba graves conflictos a cada paso entre las tropas enemigas.

Las fuerzas del General Olvera avanzaban confiadamente por el camino de Camargo y Escobedo, que las esperaba, mantuvo sus tropas ocultas y bajo consigna de guardar silencio, pero uno de los jefes republicanos se dejó ver, por lo que los imperialistas, puestos sobre aviso, se detuvieron y acamparon a corta distancia de las alturas de Santa Gertrudis. No se emprendió el esperado combate por la proximidad de la noche. Aprove-

chando la oscuridad, el General Escobedo cambió el emplazamiento de sus tropas, con el propósito de realizar una acción por sorpresa.

Los imperialistas formaron sus carruajes en línea desplegada y emplazaron a la retaguardia toda su artillería. Al amanecer, una parte de los liberales se encontraba oculta en los bosquecillos alledaños, en tanto que otra se parapetaba al frente. Olvera, engañado, destacó varios grupos de reconocimiento sobre la posición que había observado la víspera.

Escobedo había organizado sus tropas en cuatro columnas, completas, cada una, de dos batallones de infantería para emplearlos en el ataque frontal; dos de caballería al mando del General Gerónimo Treviño, que cubrirían los dos flancos de las de infantes, y una reserva, a las órdenes del Coronel de la Cabada, compuesta de tres batallones. Escobedo designó Jefe de las infanterías al valiente General Sóstenes Rocha, su lugarteniente.

Convencidos los imperialistas de la inutilidad de sus esfuerzos encaminados a localizar las posiciones liberales mediante un simple reconocimiento, hicieron avanzar hacia ellas una extensa línea de tiradores, apoyada por una retaguardia formada en orden de batalla. Los republicanos, disciplinados a obedecer la consigna de guardar silencio, dejaron que el enemigo se acercara a menos de ciento cincuenta metros. Fue entonces

cuando, inesperadamente, los republicanos rompieron el fuego, haciendo que el enemigo se replegara. En este momento los cuerpos que habían permanecido ocultos en la maleza salieron de sus trincheras y atacaron con violencia extrema. Las fuerzas de Olvera, emplazadas en cierta altura, trataron de posesionarse definitivamente de ella, pero Escobedo, sin darles tregua, atacó los flancos de tan importante posición, ordenó al General Rocha los atacara con su caballería, en tanto que él dirigía el ataque frontal. En breve tiempo fueron desalojados y envueltos los austriacos y conservadores, escapando tan solo su Comandante en Jefe y unos cien hombres de caballería.

Los republicanos, aunque sufrieron la pérdida de cuarenta y dos hombres, se apoderaron de la artillería enemiga, todo el armamento portátil, gran cantidad de municiones y una buena parte de los efectos que transportaban en los convoyes.

El General Escobedo organizó en Camargo dos divisiones mixtas de infantería y caballería, dejándolas al mando de los Generales Rocha y Gerónimo Treviño con la orden de atacar de inmediato al Teniente Coronel Tucé. A la vez, ordenó a Naranjo que se adelantara para reforzar al Coronel Martínez que, como hemos dicho, había quedado en observación frente a las tropas enemigas; pero éste, al conocer la tremenda derrota sufrida por

su ejército en Santa Gertrudis, retrocedió a toda prisa hacia Monterrey.

Las maniobras concedidas por el General Escobedo, que fueron ejecutadas a perfección, rindió a la causa republicana los mejores frutos, no sólo por la completa derrota del enemigo, sino por todo el rico botín obtenido y por elevar la moral de la tropa, efectos que contribuyeron a la inmediata caída del puerto de Matamoros, por tanto tiempo disputado a los imperialistas. El convoy que volvía a Monterrey conduciendo los víveres y municiones indispensables para proveer de elementos a las tropas del General Mejía, que seguía defendiendo Matamoros, fue también capturado, por lo que éste jefe rindió la plaza al General Carvajal, que fungía como Gobernador y Comandante militar en Tamaulipas, nombrado por los republicanos.

Los términos de la rendición del puerto de Matamoros, misma que se llevó a cabo hacia fines de noviembre, fueron aprobados en su totalidad por el Presidente Juárez.

Escobedo, con los elementos que su estrategia, su actividad y continuos éxitos le habían permitido acumular, agrupó en torno del núcleo más poderoso del Cuerpo de Ejército del Norte muy numerosas tropas, bien armadas y equipadas, organizadas por él con la decidida colaboración de los Generales Rocha, Treviño y Naranjo.

Era intención del General Escobedo apoderarse de importantes plazas del centro de la República y recuperar el tiempo perdido en las operaciones que motivaron la rendición de Matamoros. Ya para finalizar el año, fueron destacadas tropas, fuertes en 2500 hombres, hacia San Luis Potosí, a las órdenes del General Gerónimo Treviño, que se encaminó a marchas forzadas a su objetivo y ya cuando, después de cuatro días de combate continuó, las tropas reaccionarias habían evacuado Monterrey.

Al iniciarse el año de 1867, Gerónimo Treviño ostentaba el grado efectivo de General de Brigada, designándosele Cuartel Maestro del Ejército de Oriente y el 22 de julio del mismo año fue designado Comandante militar del Distrito Federal.

Una larga serie de batallas en las que intervino Gerónimo Treviño durante ese año, fueron la de San Jacinto, efectuada el primero de febrero de 1867, a las órdenes directas del General Escobedo y otras de menor repercusión militar.

Miguel Miramón, que se había apoderado de Zacatecas, fue derrotado por las fuerzas republicanas —en cuyas filas estaba Treviño, dejando en poder del Cuartel General de Escobedo un rico arsenal de guerra.

Durante los últimos días del Imperio, las tropas invasoras se reconcentraron en Querétaro. La ciudad fue sitiada. Maximiliano, carente de cual-

quier educación militar, estaba al frente de su ejército, junto con la flor y nata de los equivocados generales mexicanos que le servían: Márquez, "el Tigre", como Cuartel Maestro General; Miguel Miramón, general en Jefe de los Cuerpos de Infantería; Tomás Mejía como Jefe de la Caballería; Reyes como General en Jefe de los Cuerpos de Ingenieros; Ramírez de Arellano como Comandante General de Artillería; Méndez como Jefe de las Reservas y el Príncipe de Salm-Salm frente del Batallón de Zapadores.


Frente a las poderosas fuerzas imperialistas se encontraba un verdadero soldado de la República: Mariano Escobedo, que trazó los planes para el sitio de la conventual ciudad, y uno de sus más eficaces fue, sin duda, el General Gerónimo Treviño.

El 22 de marzo, merced a una estratagema feliz, Vidaurri y Márquez lograron escapar de la ciudad sitiada, y se dirigieron a la Capital de la República con 1200 hombres, con la intención de organizar un ejército de auxilio. Pero, ante los triunfos del General Porfirio Díaz, Comandante del Ejército de Oriente, y los continuos fracasos de Márquez, esa intención se vio frustrada.

El 24 de mayo tuvo lugar la batalla de Casa Blanca, y el 27 la del Cimatarío. En ambas, así como el combate efectuado en Calleja, las tropas republicanas obtuvieron sonados triunfos. Y a

medida que el tiempo iba corriendo, la situación de las tropas reaccionarias sitiadas en Querétaro fue haciéndose más y más crítica. En vano esperaron la llegada de Márquez con las tropas que hubieran podido ayudarlos. Ante la gravedad de aquellos momentos para el Imperio que se desmoronaba, Maximiliano celebró varias juntas para tratar los planes que proponía el Estado Mayor. Pero, los fracasos de las tropas imperialistas exasperaron a Maximiliano de tal manera, que llegó a rechazar indignado, las sensatas proposiciones que hacía el General Miramón, sobre la posibilidad de romper el largo sitio y salir de la ciudad de Querétaro. El Hapsburgo, empecinado, aplazó aquella medida, dando tiempo a las tropas republicanas a realizar el postrer ataque que habría de lograr, de inmediato, la total y amarga rendición de la ciudad. Era el 15 de mayo, fecha gloriosa para las armas nacionales, en la que Gerónimo Treviño volvió a resultar herido.

Conocidos los resultados de la rendición de Querétaro, último reducto del efímero Imperio austriaco, pasaremos por alto tan importante hecho para decir, como timbre de orgullo para Gerónimo Treviño, que por su relevante actuación se hizo acreedor a que le fuera impuesta la Cruz de Primera Clase, una condecoración de alto valor para los dignos soldados de la República.



GOBIERNO DEL GENERAL GERONIMO TREVIÑO

Vencido el Imperio en Querétaro y ocupada la Capital de la República por el ejército liberal, el Presidente Juárez volvió a la sede de los Poderes y reinstaló en ella su gobierno con el natural júbilo de todos los buenos mexicanos. Reestablecido así el orden constitucional, y logradas en principio la tranquilidad y la paz públicas, se celebraron en Nuevo León elecciones para la gubernatura de ese Estado, resultando electo, por una inmensa mayoría de los neoloneses, el General Gerónimo Treviño, que apenas si había tenido tiempo para sacudirse el polvo de las batallas y de haber guardado las numerosas condecoraciones y preseas conquistadas en defensa de la Patria.

Gerónimo Treviño tomó posesión de la gubernatura del Nuevo León el 4 de diciembre de 1867.

Días antes de que Gerónimo Treviño ocupara el máximo sitial de Nuevo León, se registró al

sur de ese Estado un lamentable acontecimiento. El General Platón Sánchez, que tuviera una brillante actuación en las filas republicanas y que formó parte del Consejo de Guerra que juzgó a Maximiliano y sus lugartenientes, fue fusilado, sin formación de causa, por el Cuerpo de Cazadores de Galeana, perteneciente a la Legión del Norte, que se sublevó y luego se dispersó, en franca oposición al gobierno de Juárez.

El 24 de febrero de 1868, la hacienda del Topo y todos los ranchos que la rodeaban, fueron reunidos en un sólo municipio que llevaría, a partir de esa fecha, el nombre de Villa General Escobedo, para honrar de ese modo al vencedor del Imperio.

El 9 de diciembre del mismo año, por acuerdo del Congreso local, el rancho llamado Punttiagudo, tomó el nombre de Villa General Treviño, para perpetuar así el nombre y la gloria de Gerónimo Treviño, soldado de la República.

De acuerdo con lo que hemos asentado en esta breve biografía, podemos afirmar, definitivamente, que Gerónimo Treviño fue, en su vida republicana, más militar que estadista. Sin embargo, esa afirmación puede acompañarse de otra, también definitiva: fue un gobernante acrisoladamente probo, activo y buen servidor de sus co-terráneos. Durante su gobierno se promulgaron: un nuevo y adecuado reglamento para el Colegio

Civil, otro para el Hospital González y se reformó, mejorándolo, el de la Guardia Nacional.

A fines de ese año, un comandante imperialista, llamado Cenobio Díaz, que durante algún tiempo había permanecido confinado en Monterrey, logró escapar, y al frente de una partida de insurrectos compuesta de veinticinco hombres, asaltó la Villa del Carmen, proclamando la nulidad de la Constitución de 1857 y desconociendo a las autoridades del Estado. Gerónimo Treviño en persona, al mando de una pequeña tropa, lo persiguió dándole alcance en Mamulique. Cenobio Díaz volvió a huir internándose en territorio de Tamaulipas, en donde más tarde fue aprehendido y fusilado.

Teniendo necesidad de un bien merecido descanso, Gerónimo Treviño solicitó licencia para separarse de su alto puesto, dejando interinamente como gobernador del Estado al Lic. Trinidad de la Garza y Melo.

El 19 de septiembre de 1869, en las elecciones para gobernador, Treviño resultó nuevamente electo, honor bien poco envidiable, pues la situación del Estado era caótica: la hacienda pública en absoluta bancarrota; el sistema tributario en las peores condiciones y las penalidades consecuencia de la guerra abatiéndose sobre el pueblo. Epoca sombría y angustiosa que no era azote del norte, sino que se hacía sentir en todo el ámbito

de la Patria. La tremenda y larga guerra de la intervención, apenas terminada, y las no menos devastadoras contiendas intestinas que se habían sucedido una tras otra desde el movimiento de independencia, y los amargos frutos de la intervención norteamericana, agotaron todas las fuentes de producción del Estado, que continuaba debatiéndose en nuevas luchas, ya persiguiendo a los indios salvajes, ya repeliendo una invasión de insurrectos de Tamaulipas o sofocando revueltas como la de Cenobio Díaz que ya hemos relatado.

Mas, a pesar de todo ese caos, se trabajaba incesantemente y con ilimitado entusiasmo en todos los proyectos que tendían al beneficio del Estado, y así, no obstante la penuria de que ya hemos hablado, se logró construir un tramo de líneas telegráficas que llegaban hasta Coahuila, tendiéndose una red hasta los límites de Tamaulipas, realizándose así el proyecto iniciado por el General Escobedo, de establecer rápida comunicación entre San Luis Potosí y Matamoros, comunicándose con Monterrey.

El gobierno del General Treviño tuvo que dedicar su atención a sofocar constantes movimientos de rebeldía que eran una verdadera amenaza para la paz del Estado. Pedro Martínez, a la cabeza de una fuerza más o menos numerosa, secundó la rebelión iniciada en San Luis Potosí en contra del gobierno constituido, se posesionó de

Linares. El General Treviño, que en cuestiones militares no permitía intervención alguna, se puso al frente de una parte de sus tropas y salió a batir al infidente. Lo derrotó en Charco Escondido, al norte de Tamaulipas y nuevamente volvió triunfante a su cargo de gobernador. La maledicencia, que hace presa de los hombres públicos, afirmó que Treviño estaba en convivencia con los insurrectos, cosa que él y el tiempo se encargaron de desmentir. Otros motines, como el encabezado por Ambrosio Ayarzagotia, en Villaldama y Salinas, fueron prontamente sofocados por Treviño.

Llegado el año de 1871, y por tercera vez, el General Treviño obtuvo una aplastante mayoría de votos que era una reiteración de la confianza y el cariño de sus conciudadanos, para continuar rigiendo el destino del Estado desde la gubernatura.

El 18 de julio de 1872, fecha que llena de luto las páginas de la Reforma y en que la Patria perdió para siempre a don Benito Juárez, el país se vio envuelto en nuevas y amargas experiencias. Don Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, se hizo cargo, en forma interina, de la primera Magistratura del País. Pero ese interinato finalizó el primero de diciembre de 1872, fecha en que fue electo constitucionalmente Presidente de la República.

En el año de 1876, Porfirio Díaz lanza el Plan de Tuxtepec proclamando el principio revolucio-

nario de la "No Reección", y desconociendo a Lerdo de Tejada y a todos los partidarios de su gobierno. Los llamados tuxtepecanos convocaron a elecciones y el acto electoral se lleva al cabo en plena revuelta.

Contra todo lo previsible, Lerdo resulta triunfante, pero su partido resiente las consecuencias de sus divisiones internas.

La lucha por la presidencia se decide en el campo de batalla y las tropas lerdistas son derrotadas en Tepeac el 16 de noviembre de 1876.

Porfirio Díaz, vencedor, tomó posesión de la Presidencia de la República el 5 de mayo de 1877 para un período que terminaría el 30 de noviembre de 1880. El gobierno de Díaz, por muchas razones llamado dictadura, logró, sin embargo, restablecer el orden que los mexicanos anhelaban después de tantos años de lucha y sangre. Todas las lacras que trae aparejada cualquier dictadura, dieron a la postre, base lógica y necesaria para que en 1910 se iniciara la Revolución Mexicana, aún en marcha.

Porfirio Díaz tuvo una virtud, la de saberse rodear de gente capaz en todos los aspectos de la administración pública, poniendo especial empeño en atender y resolver los asuntos relacionados con las fuerzas armadas. El año de 1877, por órdenes expresas del Presidente Díaz, Gerónimo Treviño fue ascendido al grado de General de División.

Un año después, Díaz aprobó en un decreto, se computara doble tiempo a los militares que hubieran participado en la Guerra de Intervención, lo que benefició en forma justiciera al General Treviño a partir del 27 de diciembre de 1881.

En el 82 se concedió a Gerónimo Treviño el diploma y Cruz de Honor, en 1895 se le concedió el diploma y Cruz por su participación en el sitio y toma de Querétaro.

Gerónimo Treviño, General de División, laureado con los más altos honores castrenses, gobernador intachable de Nuevo León, no pudo terminar sus funciones como gobernador, porque su naturaleza le exigía permanecer inactivo. Seguiría acumulando honores en su brillante carrera militar. En 1883, el Presidente Díaz, bajo la influencia europea —afrancesada diríamos—, postura que se nos antoja simple signo de aquella época, envió a Treviño al Viejo Continente para que estudiara tácticas militares que pudieran aprovechar a nuestro ejército. Al volver con nuevo caudal de conocimientos, Treviño se distinguió por su importante participación en el establecimiento de la Compañía que llevó al cabo los trabajos de construcción del Ferrocarril de Monterrey al Golfo en el año de 1888.

Aprovechando el programa del gobierno para impulsar en Nuevo León —y en toda la región

norte de la República— tanto la ganadería como la agricultura, Treviño, nuevo Cincinato, se dedicó a negocios particulares relacionados con el progreso agro-pecuario neolonés.

Como contraste, la vida privada de Treviño no fue tan afortunada como su vida militar. Tras de haber enviudado en 1883, contrajo nupcias por segunda vez, ahora con la señorita Roberta Ord, hija de un General norteamericano. Poco tiempo duró ese matrimonio, pues en 1884, mientras él estaba de viaje por Europa, su segunda esposa falleció.

Necesitando de la compañía de una esposa amante y noble, Treviño reincidió otra vez, casándose con la señorita Guadalupe Zambrano el 18 de abril de 1885.

Y el destino, que va delineando el sendero por el que marchan los hombres todos, empezó a sentirse enfermo. En 1908 tuvo que solicitar licencia por seis meses, causa: “enfermedad”.

El balance o cómputo final en su Hoja de Servicios, hizo que Treviño obtuviera el beneficio de doble tiempo, pues hasta el 30 de octubre de 1909, tenía prestados servicios por 56 años, 8 meses y 19 días. ¡Toda una vida al servicio de la Patria!

Pero, pese a esa hoja tan vasta y tan gloriosa, la actuación militar de Treviño habría de continuar.

En julio de 1909, de acuerdo con un oficio girado por el Departamento de Estado Mayor, el número 7893, se le comunicó que el Presidente Díaz lo había nombrado Jefe de la Tercera Zona Militar, cargo que le fue transferido por el General Lucio Villar el 9 de agosto del año que hemos citado. El 20 de octubre siguiente, se le discernió la Cruz de Honor de Tercera Clase, a la que se refiere el artículo 160 de la Ordenanza General del Ejército, por más de veinticinco años de servicios. El 20 de noviembre de ese mismo año, solicitó la autorización para usar la barra distintiva de los participantes de la Guerra de Reforma o de Tres Años.

Durante el último año de gobierno de Porfirio Díaz (1910), Gerónimo Treviño fue condecorado con las Cruces de Honor de Primera y Tercera Clases, cumpliéndose con lo previsto en la fracción II del artículo 4o. del Decreto número 240 del 8 de mayo de 1801.



EPILOGO REVOLUCIONARIO

El año de 1908, después de la conocida entrevista celebrada por el Presidente Porfirio Díaz y el periodista norteamericano James Creelman, representante de la revista "Pearson Magazine", en la que el dictador, como medio eficaz de congratular a los fuertes inversionistas del vecino país y con el gobierno de la Casa Blanca, manifestó, paladinamente, que veía con gran satisfacción por la aparición de grupos de oposición en los próximos comicios electorales y, sobre todo, su firme creencia de que México "ya estaba preparado para la práctica democrática".

A la sazón apareció un libro sensacional: "La sucesión presidencial de 1910", escrito por un hombre desconocido: Francisco I. Madero. El libro suscitó acaloradas discusiones en todos los círculos políticos y trajo como inmediata consecuencia la fundación del primer núcleo opositor: el Partido antirreeleccionista, que se sus-

tentaba, principalmente, en los ideales libertarios y revolucionarios de los hermanos Flores Magón que, con anterioridad, sirvieron para sustentar al Partido Liberal Mexicano. El 20 de noviembre de 1910, la tea de la revolución es encendida en Puebla por Aquiles Serdán y toda la República se conmueve hasta sus cimientos, hasta lograrse la renuncia de Porfirio Díaz. Los tratados de Ciudad Juárez, mediante los cuales el dictador abandonaba el poder que por tantos años había ejercido, condicionaban tal renuncia al inmediato licenciamiento de las fuerzas revolucionarias, dejando así al candidato popular, Francisco I. Madero, rodeado de enemigos o desafectos a toda nueva norma de gobierno.

La dictadura había terminado, pero México aún debía sufrir grandes convulsiones hasta lograr la estabilidad política y el orden constitucional.

El interinato de Francisco León de la Barra, mal llamado "el Presidente Blanco", quizá por su inventerada costumbre de usar a toda hora elegantes corbatas blancas, sólo complicaría la grave situación. Cuando Madero fue electo por la inmensa mayoría del pueblo que veía en él a su salvador, y cuando apenas iniciaba su gobierno, los ánimos empezaron a serenarse, pero esa paz aparente y superficial duró muy poco tiempo. Tal vez el idealismo, la credulidad y el exagerado y

bondadoso optimismo de Madero sobre los hombres que lo rodeaban, fueron la razón que dio por resultado el golpe de Estado que propició su infame asesinato el 22 de febrero de 1913. La sangre de Madero y Pino Suárez, su Vicepresidente, inició uno de los períodos más nefastos y sangrientos de la vida nacional de este siglo: la ominosa dictadura de Victoriano Huerta.

El General Gerónimo Treviño, cargado de años, de medallas y de honores, solicitó su retiro del ejército por tener reconocidos más de treinta y cinco años de servicio. Tal solicitud fue resuelta favorablemente para el peticionario el 22 de julio de 1911, pero a pesar de considerársele fuera de los cuadros militares, se le ordenó volver al activo confiriéndole el mando de la Tercera Zona Militar, comisión que cumplió hasta el 26 de octubre de 1912 en que por órdenes superiores fue relevado de tal encargo, siendo substituido por el General José María Mier.

Huerta, con su habitual torcido modo de pensar y de actuar, pensó que, una vez desaparecido Madero, no encontraría nuevos obstáculos que podrían ser insalvables. Formó su Gabinete con hombres verdaderamente prominentes que, más que apoyar su espúrio gobierno, trataban de encontrar un viable camino hacia la paz del país. Pero el gobierno huertista sufrió fuertes y constantes ataques. En octubre de 1913, ante la ava-

lancha creciente de la revuelta, tomó la drástica medida de disolver el Congreso. Trataba así de estabilizar un gobierno a todas luces fraudulento, fruto ensangrentado de la llamada Decena Trágica. Poco después se agregaba a ese cúmulo de problemas uno más: un desacuerdo con la política de los Estados Unidos, que concluyó con el desembarco de tropas norteamericanas en Veracruz. Este conflicto internacional y el incontenible crecimiento del movimiento revolucionario, lo obligó a renunciar a la Presidencia de la República el 15 de julio de 1914.

Cuando Victoriano Huerta inició su gobierno, por causas que permanecen en el más absoluto misterio, Gerónimo Treviño fue aprehendido y conducido a la ciudad de México, siendo puesto en libertad un poco después.

Treviño, que desde hacía algún tiempo se había retirado a la vida privada, se encontraba dedicado a sus asuntos particulares. Voluntariamente se había desterrado, viviendo en Nueva Orleans. Cuando Aureliano Blanquet, a la sazón Ministro de Guerra lo mandó llamar para que se hiciera cargo de la Presidencia del Supremo Tribunal de Justicia Militar, en "atención a su relevante carrera militar", conforme lo expresaba el texto del oficio que le envió el General Manuel Mondragón con fecha 21 de marzo de 1913, se vio obligado a volver. Ya en México, el 16 de abril del

mismo año, el entonces Presidente de la República, Victoriano Huerta, le impuso, en solemne ceremonia, las condecoraciones de Primera, Segunda y Tercera Clases al Mérito Militar. El 15 de septiembre se le designó Presidente del Supremo Tribunal Militar, pero de hecho jamás se hizo cargo de ese puesto, ya que el 29 de noviembre, por razones de salud, quedó relevado de cumplir con tal comisión.

El 26 de marzo de 1913, poco después de la muerte del señor Madero, el entonces gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, el "Plan de Guadalupe", en el que se desconocía a Victoriano Huerta y a todos los Poderes, tanto centrales como de los Estados que permanecían al servicio de la dictadura y en todos los aspectos legislativos y judiciales. Defensor convencido de la Constitución de 1857, fue proclamado Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, e inicia su marcha hacia el centro de la República, y en su camino van uniéndosele numerosos contingentes revolucionarios que, bien organizados y con hombres avezados a los rigores de las campañas en el mando, logran, tras cruenta lucha, derrotar a Huerta y, tras los Tratados de Teoloyucan, Carranza entra a la Ciudad de México el 20 de agosto de 1914.

Don Venustiano, al iniciar el movimiento constitucionalista, invitó al General Gerónimo Treviño

a combatir a su lado, ofreciéndole el mando de una brigada del ejército del norte. Treviño rehusó la invitación, debido a su precario estado de salud, a su cansancio físico y no, como algunos supusieron, a su poca simpatía por el movimiento. Su negativa fue duramente censurada, sin tomar en cuenta que Treviño, que a la sazón tenía setenta y ocho años, de una vida llena de vicisitudes, ya había cumplido con sus deberes para con la Patria

La vida de Gerónimo Treviño concluyó el 14 de noviembre de 1964, en Laredo Texas, cuando aún se escuchaba el estampido de los cañones.

¡Gerónimo Treviño había servido a México como soldado y como ciudadano! Su biografía es parte de la historia de nuestra Patria por más de cincuenta años. Sus campañas y sus triunfos militares, su vida vertical y llena de patriotismo, fueron las campañas y glorias de México en el final del Siglo XIX, tan fundamental para la formación de nuestra auténtica nacionalidad, y en los albores del actual Siglo XX, en que, definitivamente, nuestros gobiernos revolucionarios han logrado conquistar para México, un lugar prominente en el concierto de las naciones que afanosamente buscan —y encuentran— su progreso.

Desde su tumba, Gerónimo Treviño, soldado de la República, bien puede exclamar:

México ¡Misión cumplida!

BIBLIOGRAFIA GENERAL:

- Cosío Villegas Daniel. *Historia Moderna de México*. La República Restaurada. El Porfiriato. Editorial Hermes. México. 1917.
- Cosío David. *Historia de Nuevo León*. Monterrey. Nuevo León. México. 1927.
- Rocha Sóstenes. *Los principales Episodios del Sitio de Querétaro*. Archivo Histórico Militar Mexicano. Secretaría de la Defensa Nacional. México, D. F. 1947.
- Roel Santiago. Nuevo León. *Apuntes Históricas*. Monterrey. 1938.
- Secretaría de la Defensa Nacional. Departamento de Archivo Correspondencia e Historia. Archivos Cancelados. Expediente No. XI/III/1-194 (4 folios).
- Sierra Justo. *Evolución política del pueblo mexicano*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1950.
- Toral Jesús de León. *Historia Militar de la Intervención Francesa en México*. Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Sección de Historia. México. 1962.
- Vidaurre Santiago. *Correspondencia particular de don Santiago Vidaurre*. Prologada y anotada por el Lic. Santiago Roel. Monterrey, Nuevo León. CCCL de su fundación. 1946.
- Zayas Enriquez Rafael. *Los Estados Unidos Mexicanos. Sus Progresos en veinte años de paz. (1877-1897)*. H. A. Rost. Cía. Impresores Publicistas, Nueva York.

Se terminó de imprimir esta edición el día 9 de octubre de 1967 en los Talleres de Morales Hnos. Impresores, S. A. sitos en Tamagno 223, Col. Vallejo, D. F. bajo la dirección de Marco Antonio Millán y José Revueeltas, coordinadores de la Subsecretaría de Educación Pública. El tiro consta de 5,000 ejemplares, impresos en papel Tablet de 50 Kg. y 1,000 en Bond de 80 Kg. La portada es del grabador Adolfo Quinteros y la 2a. de forros de Carlos Carrión.

**CUADERNOS DE LECTURA
POPULAR**

110



SEP

**SUBSECRETARIA
DE ASUNTOS CULTURALES**

PRECIO \$1.50 — EDICION DE LUJO \$2.50